

LA MUJER.

REVISTA DE INSTRUCCION GENERAL PARA EL BELLO SEXO.

REDACTORES Y COLABORADORES.

Bautista y Patier (Doña Eladia).
Cerrada (Doña Elena).
Gimeno (Doña Concepcion).
Guimaraes de Torresao (escritora portuguesa).
G. de Neda (Doña Carmen).
Gomez de Avellaneda (Doña Gertrudis).
Jimenez de Moya (Doña Julia).
Troncoso de Jaren (Doña Matilde).
Aguirre (D. Joaquin).
Araujo (D. Jacobo).
Asensio de Alcántara (D. Joaquin).
Balaguer (D. Victor).
Balius Bonaplata (D. Salvador).
Barrantes (D. Vicente).
Bustillo (D. Eduardo).
Caballero de Puga (D. Eduardo).
Campillo (D. Narciso).
Campos y Vassallo (D. Rafael).
Cardaño (D. Primitivo).
Castellanos (D. Julian).
Coll y Moncasi (D. Felix).

Echegaray (D. Miguel).
Feliu (D. José).
Fernandez Florez (D. Isidoro).
Fernandez Neda (D. Rafael).
Fernandez y Gonzalez (D. Francisco).
Fragoso (D. Fernando).
Fuenmayor (D. Vicente).
Galdo (D. Manuel Maria José de).
García Gutierrez (D. Antonio).
García Sanchez (D. Ramon).
Gimenez Cordon (D. Julian).
Gil Sanz (D. Alvaro).
Gonzalez Pitt (D. Alfredo).
Henao y Muñoz (D. Manuel).
Hoz (D. Santos de la).
Llaveria (D. Antonio).
Martin Albo (D. Benito).
Martinez Pinillos (D. Roman).
Martinez Benigno (D. Joaquin).
Massa Sanguinetti (D. Carlos).
Moncasi (D. Manuel Leon).

Moreno López (D. Carlos).
Moya (D. Francisco Javier).
Ortiz de Pinedo (D. Manuel).
Palacio (D. Manuel del).
Peña y Goñi (D. Antonio).
Pirala (D. Antonio).
Pontes (D. José Maria).
Rodriguez Hubert (D. Venustiano).
Rodriguez Seoane (D. Luis).
Rodriguez y Ramirez (D. Federico).
Rovira y Valdés (D. Pablo).
Ruiz Aguilera (D. Ventura).
Saco (D. Eduardo).
Sanmartin y Aguirre (D. José F.).
Sanromá (D. Joaquin Maria).
Sardoal (Sr. Marqués de).
Sepúlveda (D. Ricardo).
Sequeiros (D. Camilo).
Tomeo y Benedicto (D. Joaquin).
Valera (D. Juan).
Zacarias Cazorro (D. Mariano).

Directora, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Comunistas é idealistas, por Doña Elena Cerrada. — *La Mujer y la hembra*, por D. Ricardo Sepúlveda. — *El último Adios!* por D. Julian Castellanos. — *La Mujer*, por D. Ramon García Sanchez. — *Crónica Matritense*, por D. Venustiano Rodriguez Hubert.

COMUNISTAS É IDEALISTAS.

Héme aquí hace unos cuantos minutos, preocupada porque no soy hombre, no he podido cursar leyes, y por consecuencia ser juez, como quisiera serlo para juzgar á los de la comun.

Necesito pues espansionarme, con objeto de tranquilizar mi espíritu agitado por el terror; quién sabe si de este modo conseguiré que alguna de mis preciosas lectoras tenga medio para conocer mi plan de castigo, á alguno de los que forman el tribunal de justicia en París, ó quizá, se lo puedan comunicar al mismo Mr. Thiers, para que reflexionen sobre ello; como ya digo, los tribunales funcionarán condenando probablemente á los comunistas á la guillotina, que aunque la tengan muy merecida y remerecida siempre, es triste, y más que nada ineficaz.

Porque, ¿de qué sirve que muera el hombre si no muere con él la idea que le llevó al crimen, y este á la expiación!

Seguro que el muerto dejará algun deudo, hijo ó colateral, que llevado del deseo de venganza, ó bien por seguir sus propias ideas recordará más ó menos pronto la causa, y tendremos otra vez en perspectiva la barbarie dominando á la razon, siquiera sea momentáneamente. ¿Pero cómo evitar los crímenes en esos momentos de efervescencia?

Y hé aquí cómo los castigaria yo á mi modo, para ahorrar esas hecatombes.

Francia como las naciones, me figuro poseerá alguna apartada isla á lo Fernando Póo ó cosa así, y previo convenio de neutralidad con las naciones civilizadas para evitar se comunicasen ó pidiesen auxilio á otros pueblos, los embarcaría á todos los encausados comunistas, y los que quisieran seguirlos, y cátese que los dejaría en su isla con sus bosques vírgenes para que pusiesen en práctica su comunismo en medio de la *madre naturaleza*.

El hombre debe de imitar al mono han dicho; y yo les regalaría media docena para que copiasen al natural. De este modo veríamos quién tiene razon, si ellos ó nosotros los idealistas; si ellos, tiempo nos sobraría para imitarles; si nosotros, ellos llevados del arrepentimiento (y ¡Dios sabe cuán sincero sería!) se convertirían en los verdaderos apóstoles de la fé, predicando la santidad de la familia; verdaderos creyentes del idealismo, de la moral, en fin; fuente única de la que nace el bien, sólo camino que conduce á la perfeccion del género humano!... De vez en cuando mandaría una escuadra á observar sus adelantos, á recoger los arrepentidos, sistema único, á mi parecer, para extinguir los siglos, amén, el comunismo y sus decretos.

Y no se me diga que este castigo no será la leccion más dura, el mayor castigo, porque me adelantaré á citar un ejemplo.

El diputado Sr. Suñer Capdevila, que por su propia confesion sólo tenia tres enemigos mortales, y que incitaba á su partido á lanzarse al campo, para conquistar con la fuerza el triunfo de sus ideas; ahí tenemos, repito, ese señor, que se encontró con que tenia aun un *cuarto* enemigo más amenazante y formidable, que Dios, los reyes y la tísis; es decir, sus mismos partidarios,

que tan cara le quisieran vender su salvacion.

No tengo el honor de conocer á dicho señor diputado (si es que lo es) pero estoy segura que desde entónces se habrá vuelto idealista y creará en Dios que le salvó de las furias de sus correligionarios; y defenderá sus ideas en el terreno de la discusion, y de la moral, pero lanzarse otra segunda vez al terreno de la fuerza brutal... que si quieres... en lo que obrará con muchísimo talento, y prudencia.

Pero vuelvo á mi plan para ver si se me pasa el miedo que se apodera de mí, ante la idea de que el comunismo llegase á imperar en los dias de mi vida. La palabra la *comun* produce el mismo efecto á mis nervios, que el que me agita cuando intento asomarme á la boca de una mina que involuntariamente me hace esclamar: ¡Ay qué miedo!

El comunismo se presenta á mi imaginacion como la desesperacion del alma, la oscuridad, el caos, y con él, el tenebroso y material reinado de Satanás.

Figurémonos que existe la isla de los comunistas y que vamos las que nos honran leyendo *La Mujer* y las que la escribimos, á contemplar la isla dichosa.

Por un lado me parece ya que veremos á una mujer que llevada de no sé qué nombre darle, pues no existiendo la moral ni el deber, no puede tampoco existir la caridad; veremos, repito, que se acerca á sostener á una anciana próxima á exhalar su último suspiro, cuando en esto, llega corriendo con la ligereza del mono su maestro, un mozallón rosado y barbudo, y aproximándose la dice: «hermana, deje V. á esa vieja que de nada sirve y véngase V. conmigo porque V. me gusta.» Claro, la mujer comunista como no tiene idea ni sabe qué es moral, ni deber, ni caridad, le parecerá más agradable seguir al barbudo mozo, para echar un párrafo de amor bestial que no oír los quejidos de una moribunda. Por poco que ustedes, lectoras, hayan observado, habrán visto que los animales, tienen sus simpatías, pero que estas son momentáneas. ¿Qué perro, qué gato, qué animal doméstico vemos que dé señales de reconocer sus vástagos? (Me refiero á los machos.) Y creo que al mono le sucede lo propio, y lo mismo tendria que suceder al hombre su imitador.

Esto por una parte, por otra, como por regla general, los hombres gustan de todas; lo probable es que se dedicaran cada día á una hasta que el hastio los devorase, llevándoselas al otro mundo, sin más goces que la indiferencia ó tal vez el odio por sus semejantes. ¿Y cómo habia de tener tiempo para entretenerse á reconocer á sus hijos? ¿Por otro lado veríamos un recién nacido abandonado, por haber muerto su madre, ó por capricho de

esta misma y.... pero basta, y no sumerjamos nuestro pensamiento en ese fango y desórden, en ese dédalo de comunismo donde la razon, el espiritualismo y la familia se suprimen como *errores y nodrizas de preocupaciones*, como ellos dicen que son?

Cubramos con el velo del pudor esa masa de séres que aspiran á vivir sin los lazos sagrados de la familia sin hogar, y sin más norte que la propagacion de la especie, convirtiendo un mono en dios.

¡Cubramos apresuradamente con tupido velo tales bestialidades de las que se avergonzarian las mismas bestias si las fuese posible saber lo que es vergüenza!

Al ocultarlo unámonos nosotras las idealistas para estender nuestra propaganda, no por medio de manifestaciones procesionales, ni con luces ni emblemas, porque todo eso es material y concluye siempre como el rosario de la aurora, sino por medio de la reflexion y por la pureza de nuestras costumbres, que es el mayor castigo que podemos imponer á las naturalezas groseras.

El comunismo creo que haria malas aun á las que no estamos pervertidas. Yo por mí, que nunca maté una mosca, juzgo que para librarme de la comunidad sin remordimiento, apelaria al asesinato, ó al suicidio, á la fuga, qué sé yo.... á todo menos á ser víctima de esa mancomunidad infernal.

¿Cuánto más consolador y hermoso es recrear el pensamiento con la idea de que tenemos séres que se llaman nuestros padres, maridos, hijos, hermanos, que en toda circunstancia de la vida le sirven á una de sosten en lo moral como en lo físico?

Si se está triste saber que hay un corazón que participa de nuestra tristeza: si enfermo, una mano querida que nos alargará un calmante; si moribundo la seguridad de que esas mismas manos cerrarán nuestros ojos cuidando de que nuestros despojos terrenales no se vean profanados.

Si alegres, quien sienta tambien esa alegría, sirviéndonos para nuestra mútua expansion, ¡y á todas horas viviendo con la esperanza de lo eterno!

El decreto de la comun es el absurdo de los absurdos, careciendo de lógica y de union.

Por un lado quieren imitar al maná, viviendo como ellos en medio de la *madre naturaleza*; y aqui, si yo fuese aficionada á ocuparme de historia natural, tendria ocasion para escribir volúmenes estendiéndome sobre las cualidades de dicho animalito, á quien he podido estudiar de cerca.

A la vuelta de Africa de nuestras tropas, un hermano mio tuvo el desgraciado capricho de

traerse un precioso mono, que convirtió la casa en un tiberio; puertas, ventanas, balcones, todo tenía que permanecer abierto para que el bicho se pasease un poco á su gusto. A mi hermano, es decir, á su dueño le quería y le respetaba, á mí me quería, pero no me hacía ningun caso; al aguador le aborrecía de muerte, en términos que había que sujetarle y permanecer látigo en mano cuando el infeliz llegaba á desempeñar su obligación. La butaca más cómoda para él, era el tejado, así comprendo, que quien se proponga imitarle debe irse á los bosques, inmediatamente.

Rebatamos ahora su decreto inconsecuente en la parte de que su *felicidad material, es el solo objeto de su destino y aspiraciones más legítimas*. Esto es lo mismo que confesar que la dicha solo estriba en la riqueza, lo que no se hermana con la de la *madre naturaleza*; y digo yo, ¿pues no hay muchos potentados que tienen palacios, ricos muebles, soberbios trenes, y sin embargo no son felices? Y si se indaga la causa se encontrará que en medio de su materialismo, lo que les falta es una afección que no pueden conquistar: algo, en resumen, que no reconoce más que una cosa moral.

¿No dicen que el matrimonio es un egoísmo? ¿Pues no tienen á su vista las costumbres de Turquía para convencerse de su error? ¿No tienen los turcos en medio de sus harenes, su favorita? ¿Luego esto que indica? La simpatía, la afinidad de las almas, algo que esta por cima de nosotros y que no puede ver más que Dios, todo idealismo y pureza.

La riqueza, los goces materiales podrán ser, segun mis ideas, un accesorio á la felicidad, pero niego sea la felicidad misma; y téngase presente que la que esto escribe, la que así piensa, probablemente será cien veces más pobre que los que se han atrevido á lanzar ese documento asqueroso á la sociedad; donde no será imposible que llegue á dar su fruto, porque los malos abundan siempre y siempre repetiré que vale más trabajar y vivir en una humilde boardilla, comer sobre una mala mesa de pino, bien limpia, y dormir sobre un miserable gergon con la conciencia en paz; que no habitar en palacios, viendo á todas horas fantasmas pavorosas seguirnos como la sombra al cuerpo.

El idealismo en cambio se me aparece todo luz, y sino, señoras, ¿no les ha sucedido á ustedes alguna vez al contemplar subidas en una roca la inmensidad del mar, el que una emocion estraña, agena al mundo les ha ensanchado el corazón, y en alas del pensamiento, se han olvidado de cuanto les rodease, abstraídas por el infinito, donde han visto los seres queridos, dulces imágenes, sueños incomprensibles, pero nada materiales?

Pero basta por hoy: no sé si por lo que he teni-

do que esforzar mi imaginación, para penetrar el caos comunista, ello es que la cabeza me duele, los oídos me zumban, los ojos se me cierran, y tengo necesidad de descanso, haciéndome insufribles los rayos de sol que entran por el balcon. Ante la necesidad del descanso, contemplo el sencillo lecho velado por una muselina, que he tenido toda mi vida, y no puedo ménos de decir: ¡Dios mío! ¡qué desgraciada sería yo, si la Común me obligase á tener que contentarme con solo la sombra que puede prestar un árbol!.....

ELENA CERRADA.

LA MUJER Y LA HEMBRA.

La mujer... fuente inagotable; misterio incomprensible, media naranja, á veces dulce como la miel, á veces amarga como el agua de Locches.

La mujer, causa de todo lo bueno y de todo lo malo que en el mundo acontece, origen de todos los *ecos* que se pierden en el cielo de la humanidad.

Ella... que á tantos hombres ha vuelto locos.

Ella... que ha inspirado obras inmortales.

Ella... que ha sido la cariñosa amiga del hombre, dulce, buena, sensible, espiritual.

Ella... que ahora quiere sobreponerse al hombre, ser su igual y tener sus mismos derechos, enmendando así la plana á la naturaleza.

Tiempo hace que tenia deseos de explanar algunas ideas acerca de este tema, siempre nuevo, siempre elástico.

Pero antes de empezar esta filípica, debo hacer una salvedad en honor de las excepciones del sexo femenino.

Conste, lectoras cándidas y sencillas, que esta fraterna no va dirigida á la mujer hermana del hombre, reina del hogar, cristiana por sus creencias y santa por sus aspiraciones al infinito, y por su amor, vida de la humanidad.

No se dirige al apóstol del corazón que venció con una mirada, no al ángel visible del Redentor, no á la mujer católica hija de María, tipo que aún abunda afortunadamente en nuestro suelo.

Mis diatribas se dirigen á la mujer errante, cosmopolita del mundo nuevo, que invade las academias pidiendo derechos y destinos públicos, que fuma, bebe, monta y se bate en duelo, que sustituye la saya por los pantalones y hace viajes al polo ó á los desiertos de África.

El tipo, como digo, apenas se conoce entre nuestras compatriotas; pero como el furor de la moda ó el espíritu de imitación pudieran insistir en implantarlo, no estarán demás estas observaciones un si es no es contundentes.

¡Triste es pensarlo, y todavía es más triste decirlo!

¡La mujer se vá!...

La mujer resbala por el plano inclinado de las afinidades misteriosas, y se vá resuelta á un Olimpo que Eva no se atrevió á soñar para sus hijas.

La mujer se vá palpitante de curiosidad y no harta de emociones, á buscar en otro Eden la última formacion de la manzana bíblica, porque cansada de morder no se ha cansado de esperar, y quiere saber, ¡siempre curiosa! qué tesoros se esconden en el fondo de la copa, despues de libar el néctar de la vida.

La mujer despierta con el oído atento á la voz de la serpiente y vuelve á ser hembra, como su madre, arrepentida de ser mujer. Quiere ser árbitra absoluta de su cinturón y dominar el espacio con el cabello flotante, y reinar en el bosque entre ninfas cazadoras, y atraer á los hombres para domarlos, como la domaron á ella, con la fuerza bruta y el amor en la cabaña, junto al hogar sencillo de la familia primera...

Aquí vendria bien un párrafo campanudo sobre las épocas prehistóricas,—hoy que tanta afición demostramos hácia esos estudios,—épocas que los geólogos clasifican con triángulos de piedra por aluviones de cantos rodados... pero no vamos á disertar ni á controvertir con ningún sábio; vamos solo á inquirir, si esto es posible, por qué causa la hembra de la edad de piedra, saliendo de las nebulosas del Eden y de la selva vírgen, para hacerse mujer, descendiende en la escala de la perfección moral y no marca período de desenvolvimiento psicológico en el órden del progreso humano.

Recordemos, para seguir á la mujer en esa escala ascendente y descendente, lo que sucedió al día siguiente del Génesis.

Un autor á quien yo aprecio mucho, un escritor francés y profundo filósofo, cuyas obras saboreo con fruición, y cuyo nombre es de todos conocido, Eugenio Pelletan, dice que en los primeros días del mundo el hombre, acosado por el hambre, se aventuró mas allá de los vados de la mansion terrenal, vivió con los faunos, de cuya carne hizo alimento, y mezcló una vida más fuerte de su vida vegetal, derramando la primera gota de sangre en la pascua de su festín.

Andando de risco en risco encontró á la mujer y la domó con la misma crueldad que el salvaje emplea para batir á la fiera del bosque, que pretende hacer suya, porque el amor, segun parece por lo dicho, vino á ser en ese tiempo una aplicación de la fuerza material á la reproducción de la especie.

Despues, cuando la hubo arrastrado por los cabellos, desmayada y moribunda, es decir, cuando la hubo *cazado* (si se me permite esta palabra, la más propia para explicar las conquistas amorosas de aquellos tiempos), el hombre sintió latir bajo su mano de hierro ese corazón amante de la mu-

jer, que habia de perfumar un día con su ternura todas las generaciones.

Despues la llevó á su cabaña, y allí la mujer fué ménos que esclava, fué una distracción, una noche del hombre, como dice gráficamente Pelletan.

Despues... vino la tribu nómada, el rebaño con la mies, y con el rebaño la lana, y con la lana la ropa, y con la ropa... ¡la mujer!

Hagamos alto y basta de historia.

La mujer, en efecto, data de la invención de la ropa. Antes era sencillamente una hembra *primo capienti*, pero desde el día en que levantada del lodo, tuvo la propiedad de su persona porque sintió el pudor, desde ese día se convirtió en mujer, y fué á un tiempo vírgen, esposa y madre.

Desde ese día la mujer fué guardiana de sí misma, porque conoció la virtud del pudor, ejerció sus funciones sagradas y dominó á su señor. Fué bella por su rescate, obra de sus dedos; hiló la lana del rebaño, hizo la tela y concedió el vestido á la humanidad desnuda.

Ahora bien. ¿Qué queda hoy de ese bello tipo de hiladoras modestas, que sublimó la hija de *Nazharét* con su amor y su martirio?

¿Dónde se encuentran ya las vírgenes bizantinas precursoras de la civilización cristiana?

¿Dónde las musas del heroísmo en la Edad Media?

¿Dónde el talisman del pudor, símbolo de la perfecta hermosura, que empujó á las naciones á las mayores empresas?

¿Dónde la rueca, corona del hogar, manantial de virtudes, cetro augusto de las madres cristianas, iguales al hombre por la igualdad del signo religioso y por la gloria común del martirio?

¿Dónde la mujer engrandecida, exaltada por su virtud, velando junto á la piedra de una tumba, junto á la piedra del hogar, junto á la cuna de un ángel, y dando albergue en su alma al espíritu divino que la comunicó el poder del milagro?... ¿Dónde?

Preguntad á las reinas de la moda, á las libres cultistas de la disipación; á las paganas del catolicismo; á las grandes y pequeñas señoras de la llamada sociedad de buen tono.

Preguntad á las estrellas fijas y nebulosas del mundo elegante, á la *high life* de los salones, de los teatros y de las carreras.

Preguntad á las pensionistas de los asilos de verano, vulgo garitos, donde se juega el honor con los dados del vicio.

Preguntad á las pecadoras reincidentes, á las que pecan por el placer de arrepentirse y volver á pecar, á las sacerdotisas del *Sport*, á las vírgenes trashumantes del Septentrion y el Mediodía.

Preguntad á esas niñas de falda corta y tacon

levantado (entiéndase todo esto con las excepciones del sexo), que inundan los sitios concurridos, desde el salón aristocrático que se abre á son de periódico, hasta los lupercales del *can-can*, y os dirán, desde el abismo de la relajación y de la incontinencia, que la rueca cedió hace tiempo su puesto á la fusta, que la mujer no hila, pero monta, que fuma y bebe sin desmayarse, que se desnuda en público y se viste en la soledad de su tocador, que huye de sí misma, que se emancipa del sexo, que protesta del pudor, y que no pudiendo ser hembra ni pudiendo ser varón, aspira al término medio de la gestación humana.—¡Qué horror!

La mujer se va precipitadamente hacia la hembra.—No hay que dudar, señoras, y si hay alguna que lo dude, que observe esa evolución diaria, profundamente cínica, que se opera en el modo de ser de la mujer casta, y que la lleva á su independencia en el tren del pudor á razón de 70 kilómetros de honestidad por minuto.

¿La queda por ventura algún átomo, lo bastante á producir en el rostro la llamarada del rubor?... ¡Ah! No os asombréis si os digo que la mujer moderna no tiene rostro...; no lo tiene, desde que se pinta para mejorar la obra de Dios; y como el rostro es espejo del alma, balcón iluminado donde se asoma el misterio del sentimiento, allí donde no hay rostro no hay cuadro psicológico; ni balcón, ni reflejo siquiera de lo que el alma avergonzada murmura sin cesar al oído refractario de las hijas de la primera mujer-hembra!...

Mormonas de la civilización, druidesas de Vénus impúdica, sensuales, epicúreas, paganas del catolicismo, hermanas de la caridad, donde la caridad puede darse en espectáculo, cortesanas de la moral y propagadoras del vicio dorado que alienan en los pliegues de los vestidos cortos, admiradoras de la plástica y del desnudo ideal de vuestros sueños..

Racionalistas, sensibilistas, materialistas *hembras*, en fin hermosas ó feas que todo lo sometéis al imperio de la sensación y al choque eléctrico de las corrientes vivas que matan el amor y suprimen el dolor y niegan el alma, que no puede ser arte de bebedizo, porque no tiene forma corpórea...

Vosotras que fuisteis esclavas y después reinas, que fuisteis vírgenes, y madres, y mártires, y santas redentoras y civilizadoras del mundo nuevo; vosotras vais, tentadas de demencia, á matar el sentimiento del corazón, y á caer en el foso, donde se amontonan los restos de las bacantes con los despojos de los festines del paganismo.

Vosotras dejáis de ser mujeres para volver á ser hembras, porque con el perfume de la castidad habéis perdido las excelencias del sexo, y no sois ya reflejo de las vírgenes cristianas, puras como

los lirios de *Sarons*, que inspiraron á los primeros mártires, ni como las castellanas de la Edad Media, generadoras del heroísmo católico.

Vosotras no teneis hijos, que abandonáis á las nodrizas; no teneis esposos, que desterráis del hogar; no teneis padres, ni hermanos, ni parientes. ni amigos, ni sexo, ni edad conocida.

Pero teneis carruajes y caballos de silla, y butacas en los teatros, y el primer puesto en los sitios públicos, y trajes de novedad, y espléndidos disfraces; y cabellos postizos de variados colores y aplausos en los bailes, y flores y coronas en los festines, como las hijas de *Citherea*.

Todo lo teneis menos alma, que patrimonio de Dios, se remonta al cielo sin vosotras desde que oyó el crujido vertiginoso de vuestra fusta sobre la espalda de la humanidad.

¡Gloria á la mujer que queda!

¡Paso á la mujer que se vá!

¡Paso á la hembra!

Ruego á mis lectoras me dispensen la severidad catoniana con que he tratado al sexo.

Nada de esto, sin embargo (y me complazco en consignarlo así de nuevo), va con vosotras, libres aun del contagio de esa enfermedad que he tratado de combatir.

Vosotras sois aun *mujeres*; las demás... esas de que nos hablan los periódicos franceses é ingleses... esas que reniegan de su sexo... son *hembras*.

¿Hay alguna en España?... Quizá; pero pueden contarse, y no os cuento á vosotras en el número.

RICARDO SEPÚLVEDA.

¡EL ULTIMO ADIOS!

Toledo, augusta matrona
A quien hoy el mundo olvida,
En donde el sol de la vida
Mi humilde cuna alumbra.
En donde la mente mía
Inspirada por tu historia
Tras los triunfos y la gloria
Del poeta se lanzó.

De los hombres el encono
Me hizo abandonar tu cielo,
Que es muy ingrato tu suelo
Para el que ha nacido en él:
Que eres para los extraños
Una madre cariñosa,
Y de tus hijos celosa
Eres madrastra cruel.

Yo te abandoné: del mundo
Entre el raudal torbellino,
A abrirme un ancho camino
Con ardiente afán corrí,
Y cuando era más brillante
La estrella de mi ventura,
De la negra desventura
El fiero rigor sentí.

Sobre el ángel amoroso
A quien me uní en santo yugo,
A el hado adverso le plugo
Sus rigores descargar,
Y en tu recinto, cual llama
Que se apaga por momentos,
De la fiebre á los tormentos
Vi su existencia acabar.

Hoy te dejo, ciudad sante,
Con el corazon sangrado
Por la desgracia abrumado
De tan rudo padecer,
Que al cortarse esa existencia
Que era parte de la mía,
El lazo que á tí me unía
Voy para siempre á romper.

Ya no aspiraré las brisas
En tus lindos alijares,
Ni los musgosos sillares
De tus murallas veré,
Ni del Tajo majestoso
Estasiado al manso ruido
En delirios mil perdido
Ilusiones soñaré.

Bajo las naves sombrías
De tu catedral gigante,
Las celestes melodías
Ya no volveré á escuchar,
Ni al fulgor de las estrellas
En esas noches calladas
Sus agujas cresteadas
Quiero volver á mirar.

De tus árabes mezquitas,
De tus castillos feudales,
De tus verdes cigarrales
Los encantos no veré,
Ni en el seno verdecido
De tus frescas alamedas
Del ruiseñor escondido
El trinar escucharé.

Por mi gusto tu recinto
Jamás pisará mi planta,
Tu memoria será santa
Para este pobre cantor;
Pues he llorado y sufrido
Tanto, en tu recinto, ¡tanto!
Que á tu vista manan llanto
Las fuentes de mi dolor.

Toledo... ¡adiós!... En tu seno
Guarda ya la tumba fría,
A la mujer que encendía
En mi alma la inspiración,
Y al morir de mis amores
El ángel idolatrado
En pedazos han saltado
Mi lira y mi corazón.

JULIAN CASTELLANOS.

3 de julio de 1871.

LA MUJER.

(Conclusion.)

Aun entonces, á pesar del torpe dogal que oprimía la garganta de la mujer, ésta inspiraba al hombre la realización de atrevidas empresas; le animaba al combate con sus cantos guerreros, y al volver victorioso salía á recibirle para entonar himnos de gloria á su heroísmo y ceñir á sus sienes coronas de verde laurel y de oloroso mirto.

Pero no era esa la natural condición de la hermosa mitad del género humano.

El Hacedor la había igualado al hombre, porque solo la creó para ser su eterna compañera, y era preciso que una gran revolución se operase en el mundo á fin de que la mujer correspondiese en su estado al grandioso pensamiento de Dios.

Esta obra de regeneración estaba destinada al cristianismo.

IX.

La hora de la emancipación había sonado.

El vivífico soplo de la libertad y de la fraternidad humana, cuyos principios había consagrado la sangre de Cristo en las cumbres del Gólgota, echaba por tierra los escandalosos ídolos del paganismo, y el sol de justicia, rasgando las oscuras nieblas de la superstición y del error, anunciaba un brillante porvenir de glorias y esperanzas.

Doce hijos del pueblo escogidos por el Divino Maestro eran los encargados de predicar la nueva doctrina de caridad y de paz.

Su palabra, su virtud y su ejemplaridad iban apoderándose poco á poco del espíritu de los pueblos, y la mujer era su medio más activo de propaganda; porque la doctrina del Crucificado la deificaba, otorgándole los derechos de que hasta entonces había carecido.

Y aunque las persecuciones, el martirio y la muerte eran el premio de los nuevos creyentes, la fé de éstos era cada vez mayor, y tras el humo de la hoguera que consumía los miembros de las víctimas inmoladas ante el ara de la idolatría, contemplábase diáfano y trasparente un cielo azul y hermoso, entre cuyas gasas aparecía la noble figura de María, tipo de la mujer cristiana.

Por fin, la luz desvaneció las sombras del error.

La mujer, dueña de su corazón, rompió la cadena de la servidumbre, se hizo libre, miró en su derredor, se contempló grande, y aspiró á conquistar la fama y el renombre.

Entonces se santificó el hogar doméstico.

El hijo no echó de menos á su madre, aquella madre de la que le habían separado en la cuna.

El padre no lloró la pérdida de su hija, aquella

hija que le habían arrebatado apenas abrió los ojos á la luz, para venderla al mejor postor en el mercado.

Ya el hijo vivía con su madre y gozaba de sus caricias, como la madre se contemplaba en el espejo de su hijo.

Los lazos de la familia fueron unidos indisolublemente, y en esos lazos fundó la sociedad su principal asiento.

La ilustración tomó nuevo vuelo, y vióse á la madre en las veladas del invierno rodeada de todos sus hijos al amor de la lumbre, enseñándoles en interesantes consejas los principios de la moral, ó implorando al Creador del universo favor para el esposo que combatía en lejanas tierras por su Dios, por su rey y por su patria.

Así es como al lado de Santa Teresa de Jesús, encontramos á Juana de Arco; el saber y el heroísmo luchando por la civilización y la libertad.

El cristianismo, pues, realizó su misión regeneradora.

¡Quién había de decir que más tarde ese cristianismo degenerado había de rebajar la nobilísima condición de la mujer!

X.

El fanatismo clerical, cuya ambición no reconocía límites, comprendió la necesidad absoluta en que se encontraba de oponer en su favor sus obstáculos á la desesperada lucha que había de sostener contra la civilizadora corriente de las ideas, y ninguno consideró más á propósito á sus bastardos planes que el corazón de la mujer.

Y la razón es obvia; una vez emancipada, se había conquistado la voluntad del hombre; una súplica de la mujer era un mandato, y dada la nobleza de sus sentimientos, nada más fácil que obtener su favor, halagando su debilidad, exagerando sus ilusiones.

Algun tiempo la superstición engendró las preocupaciones más groseras, y el temor logró escitar de tal modo el favor religioso de la mujer, que ésta sirvió inconscientemente á los intereses ruines de los verdugos de su honra.

Por fin, la causa de la justicia triunfó completamente, y la sociedad, despojándose de sus antiguos hábitos y errores, concedió nuevos dones á la mujer.

XI.

Hoy la mujer es libre.

Como libre, virtuosa y respetada.

En alas de la libertad, ha traspasado los límites de la despreocupación.

Es religiosa y no es fanática; esto le hace doblemente honrada.

Comprende que la mejor manera de servir á

Dios es procurando la paz de la familia, y á este fin dedica todos sus esfuerzos.

Así es como ha podido conseguir que su corazón sea un altar para el hombre, donde adora y bendice la mano providencial que tan hermoso ser colocó en el mundo.

XII.

La mujer, reina de su casa, no debe aspirar, sin embargo, á igualar sus atributos con los del hombre.

Que avance la humanidad cuanto quiera por la senda de la civilización; ella no debe ambicionar otros derechos que los que hoy posee, si desea conservar la adoración que el hombre la profesa.

El día que se igualara con éste interviniendo en la cosa pública, sería el último de su felicidad, porque en ella vería el hombre un rival más de su ambición y de su egoísmo.

Nó; la mujer ha nacido para sentir y amar en la tranquilidad del hogar doméstico.

En el momento en que abandone esta esfera ha perdido la categoría de ángel y arrojado á los azares de la suerte la corona de su virginidad.

RAMON GARCIA SANCHEZ.

CRÓNICA MATRITENSE.

Ardua cuanto honrosa es la empresa que estamos hoy obligados á desempeñar.

Por esto sin duda nuestra humilde péñola se resiste á obedecer los extraños impulsos que el corazón pugna por manifestar.

Por esto también embarga nuestra alma una impresión latente; pero que rompiendo cual impetuosa catarata los límites con que el temor la aborda, se desata en ofrendas de admiración, en tributos de entusiasmo y en homenajes de respetuosa gratitud.

¿Y qué mucho, si se trata de un nuevo Augusto para el que no nos fué dado ser dignos Marones?

Hay hechos antes los cuales todos los colores son pálidos; todas las imágenes descoloridas; todos los idiomas mudos.

Uno de estos hechos es el acontecimiento motivo de las presentes líneas.

Era la mañana del día nueve de Julio, y desde sus primeras horas veíase la prilla del Manzanares como extraño panorama vestida de flores, engalanada con banderas, gallardetes y arcos de triunfo, pero todo humilde, pero todo recamado con las joyas de la gratitud, sublime patrimonio de la pobreza.

¿Qué sucede en aquel suelo que parece esterilizado de la exuberante vegetación que embellece la opuesta margen, por las abrasadoras gotas con que le riega el sudor del trabajo?

¡Ah! De hoy más aquel lugar será un oasis de consuelo en medio de un desierto de amarguras; será fuente de caridad y de amor, que, fertilizando los gérmenes de la gratitud, hará brotar las bendiciones de todo un pueblo, bendiciones que han de ceñir el florón más preciado á la régia corona de la magnánima reina que el cielo plugo reservarnos.

Eran las siete de la mañana, cuando SS. MM. abandonaron el régio alcazar y se dirigieron frente á la puerta de San Vicente, sitio designado para levantar la CASA DEL

PRÍNCIPE. Ya dijimos en otra ocasión que este edificio se construía por iniciativa de S. M. la Reina y á espensas de la asignación de S. A. R. el Príncipe de Asturias, con objeto de instalar dentro de sus muros un asilo destinado á las familias de las infelices lavanderas. Pues bien, los augustos fundadores de tan benéfico establecimiento, quisieron honrar con su presencia la inauguración de las obras, y por eso, con la modestia que caracteriza todos sus actos, acudieron con su infantil primogénito allí donde las lágrimas del agradecimiento besaban su mano bondadosa y donde la pobreza no en vano aguardó su pródiga munificencia.

Esperaba la llegada de SS. MM. el Ministro de Fomento, Capitan General, Gobernador interino, Alcalde primero de Madrid, varios Concejales de su Municipio, el arquitecto de la Real Casa D. Luis María Menéndez, diferentes comisiones de la Milicia, gran número de particulares, un piquete de Guardias del Rey, que dió la guardia de honor, una compañía del batallón cazadores de Arapiles con música y bandera y otra del de Voluntarios segundo del Centro. El Gobernador, una comisión de lavanderas y otra de propietarios de lavaderos, compusieron la comitiva encargada de recibir á los Reyes, quienes apenas se hubieron apeado del carruaje, vieron rodeados por todas las lavanderas que en masa y en unión de sus hijos, ofrecieron á porfía profusión de ramos y coronas á los pies de sus benéficos protectores, acompañando á estas muestras de cariño los vítores que la concurrencia los tributó unánime y entusiasta.

Dirigieron SS. MM. seguidos de la muchedumbre á la tienda de campaña levantada de propósito. El Sr. Galdo pronunció un breve pero sentido y elocuente discurso, dando gracias á la Reina en nombre del pueblo, por una acción que tanto enaltece sus elevados sentimientos; y el notario de S. M. D. Luis González Martínez, leyó el acta. Inmediatamente se dirigieron al punto marcado, y dió principio la ceremonia comenzando por entregar el arquitecto de S. M. D. Santiago Angulo dos primorosas paletas de plata, una á la Reina y otra al Príncipe, con las que echaron la primera peldaña de yeso. Después se colocó en una caja de madera un número del *Diario de Avisos*, el acta notarial escrita en pergamino y los retratos de los Reyes, á falta de moneda con su busto; y tomando el serenísimo Sr. Príncipe Real el cabo de la cuerda que asía la primera piedra, se colocó esta y terminó la ceremonia.

Difícil sería describir los detalles de un acto, modesto en la forma, pero suntuoso y magnífico en el fondo, lleno de grandeza y magestad por el sublime pensamiento que realiza.

Antes de partir SS. MM. al santuario de San Antonio de la Florida, á orar con su tierno hijo, escenas conmovedoras tuvieron lugar entre aquella concurrencia, enternecida por un mismo sentimiento, impresionada por una idéntica emoción.

La Reina Doña María Victoria, la primera de nuestra monarquía democrática, esa Reina que nos trae á la memoria la madre de un San Luis, Rey de Francia, y la de un San Fernando, de España, apareció como el ángel custodio de la desgracia en todas sus manifestaciones.

Ella, después de verter consuelos con humanitarias obras, después de enjugar las lágrimas del desvalido con su evangélico ejemplo y su palabra saturada de santa y misteriosa inspiración, coja entre sus brazos á los hijos de la pobreza y los estrechaba entrañable como á propios hijos y los prodigaba tiernas y sentidas caricias.

En tanto aquellas madres, halagadas con los cariñosos halagos de los hijos de sus entrañas, que nunca habían recibido más ósculo que el de su fiero destino, se desata-

ban en llantos de reconocimiento, de gratitud y de amor hacia la augusta matrona que cobijaba bajo su manto de caridad los tiernos vástagos de la indigencia.

Y allí las muestras de agradecimiento, los testimonios de amor y de entusiasmo por todas partes, eran justo tributo que todo un pueblo rendía, como celestial recompensa, á los soberanos que tanto se desvelan por la felicidad de su reino.

Ante un espectáculo tan edificante asalta á nuestro mente el recuerdo de la católica Isabel engastando en perlas las páginas de su reinado, la memoria de una Clotilde, de una Teodolinda, de una Constancia, y de tantas otras que esculpieron su nombre en el libro de la inmortalidad con el buril de la caridad y de la religión.

¡Oh! sí: La madre de los pobres de la edad moderna, siguiendo la senda que la dejó señalada la modesta aunque régia huésped de Medina del Campo, sabrá ser con su ejemplo y sus virtudes digna heredera del hidalgo trono que, si aquella cimentó con su austera conducta, esta le afirma sobre los muros de su pródiga munificencia. Y si una se arrancó sus joyas para abrillantar los timbres de sus estados, otra se despojará de sus vestidos para abrigar la pobreza de su reino. Y junto al nombre augusta de Isabel I, la historia registrará el no ménos augusta de María Victoria, enlazados por los laureles de la gratitud que las coronarán de gloria.

VENUSTIANO RODRIGUEZ HUBERT.

Solucion de la charada inserta en el número anterior.

CARIÑO.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Se publica desde Junio los días 3, 16, 24 y 30 de cada mes. Dará ocho páginas á dos columnas, que contendrán artículos y revistas de ciencias, literatura, educación y otros de interés general, y separadamente para que pueda encuadernarse aparte, ocho páginas de novelas originales españolas. La primera, de la Sra. Saez de Melgar, se titula *El Hogar sin fuego*. Regalará retratos de celebridades, pliegos de dibujos y patrones, y un figurin de modas cada estación.

PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

Un trimestre, en Madrid 12 rs.—Semestre 24. Provincias: trimestre 15 rs.—Semestre 30. Estranjero y Ultramar; Un año 100 rs.—Un semestre 60.

Se suscribe en las principales librerías de Madrid y provincias y en todas las administraciones de Correos de España y en la administración, Tudescos, 34, principal.

ADVERTENCIA.

La administración de este periódico se ha trasladado á la calle de Tudescos, núm. 34, principal, donde podrán dirigirse todos los pedidos á nombre de los señores Rojas.

MADRID: 1871.—Imprenta de los Sres. Rojas, Valverde, 46, bajo.